

SERMONES CUADRAGESIMALES.

Primera Serie.

(Predicados en León de Nicaragua, 1873.)

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

La Religión.

Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.

Matth. 4, 10. Deut. 6, 13.

1. Entramos ya, cristianos, en este santo tiempo cuadragesimal, en este período de cuarenta días destinado por la Iglesia católica á preparar á sus hijos para celebrar dignamente los sacrosantos misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor. ¡Tiempo verdaderamente santo, como de recogimiento, ayuno y mortificación, ordenado todo á la santificación de nuestras almas! En otros días más fervorosos del cristianismo, siguiendo el mandamiento del Señor por su Profeta¹, santificábase esta época del año, no sólo con el riguroso ayuno corporal, sino más aún con la mortificación de las pasiones, privación absoluta de toda suerte de espectáculos públicos, abstinencia de placeres, aun inocentes y legítimos, prolongadas y diarias oraciones, mayormente en los templos, frecuentación de sacramentos, y, en fin, con aquellas obras que todo lo avaloran y realzan, como son las de misericordia. Pero ¡ah! ¡qué lejos estamos el día de hoy de esos tiempos afortunados! Por desgracia ya no se mira hoy la santa Cuaresma por un gran número de llamados cristianos, con aquel respeto saludable que la Iglesia y la tradición

¹ I Joel 2, 15 sqq.

habían sabido inspirar á los pueblos católicos. Debemos reconocerlo: vivimos en un siglo muy desgraciado en este sentido: no se respira ya, casi en parte alguna, aquel suave y perfumado ambiente de piedad y consiguiente bienestar moral que aspiraban nuestros felices cuanto sencillos y piadosos abuelos. En cambio nos rodea y apesta una atmósfera pesada de indiferencia religiosa, y aun de materialismo impío. El mundo civilizado parece cada día más empeñado en volver á sumergirse en las ignominiosas tinieblas de la vencida civilización pagana, toda material y terrena; pero yo tengo el consuelo y la dicha de dirigir la divina palabra á un auditorio todavía sano en su casi totalidad, á un auditorio eminentemente católico, que por ningún tesoro sacrificaría la mínima parte de sus acendradas tradiciones religiosas. No tengo, pues, necesidad de entretenerme largamente en demostraros cuál es el espíritu del santo tiempo cuadragesimal.

2. Conviene, sin embargo, robustecer más y más los principios fundamentales de nuestro credo religioso, que son al propio tiempo los fundamentos más sólidos de todas las buenas resoluciones y propósitos que debemos formar en orden al gran negocio de nuestra conversión y santificación, conforme á los deseos de Dios y de la Iglesia. Y las palabras de nuestro Señor Jesucristo que registra el Evangelio del día, nos convidan á reflexionar sobre esta gran verdad religiosa y moral: «Es preciso adorar al Señor Dios nuestro y á Él sólo tributarle culto»: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies*¹. Con esta autoridad de las Sagradas Letras: *Scriptum est*², venció nuestro divino Maestro la última y más

¹ Matth. 4, 10.

² Deut. 6, 13.

peligrosa tentación de cuantas le puso Satanás, la de que, postrándose, le rindiese adoración: con ella, pues, venceremos nosotros, sus discípulos, las más seductoras y graves tentaciones con que hoy nos acometen el mundo y el demonio, convidándonos á la apostasía, al menosprecio de nuestra divina religión. *La Religión*: ved aquí la materia del presente discurso; y, para concretarla en pocas y prácticas consideraciones, veremos, 1.º la necesidad moral que tenemos de practicar la única verdadera; 2.º la felicidad de poseerla, como la poseemos, y 3.º la sinceridad con que debemos profesarla. En otros términos: debemos adorar á Dios porque así lo exige su soberanía, y porque así lo pide nuestro corazón; pero es preciso *adorarlo en espíritu y en verdad*¹. Entremos en materia después de implorar los socorros del cielo por la poderosa intercesión de María. *Ave María*.

I.

3. El ardid de que se valió Satanás para inducir al mal á Jesucristo, poniéndole á la vista de la fantasía todas las grandezas y magnificencias tentadoras del mundo², y diciéndole al oído: *Todo eso te daré con sólo que me adores rodilla en tierra*³; ese ardid, hermanos míos, ya que no pudo servir al tentador para derribar al Santo de los santos, pónese el día de hoy en juego el maligno espíritu para perder á los débiles mortales, tan fáciles de ser deslumbrados con el falso brillo de la gloria mundana; y desgraciadamente lo consigue, arrastrando á innumerables almas al abismo de la apostasía. Una de las tentaciones más terribles, y, sin duda, la más grave de todas, fórmala el día de hoy

¹ Io. 4, 24.² Matth. 4, 8.³ Ibid. vers. 9.

el brillante sofisma de la civilización atea, del progreso material sin fe: acaso no hay otra arma con que más almas conquiste Satanás arrebatándolas al gremio de la Iglesia de Cristo. El sofisma se presenta con tanta frecuencia, se reviste de tantas fases, á cual más especiosas, se insinúa tan hábilmente en todos los espíritus, que llega á apoderarse de una multitud de corazones débiles. Conocido es ya de todos el inicuo plan de las sectas enemigas de Dios y de la humanidad, de pervertir la sociedad, substituyendo á las generaciones cristianas nuevas generaciones saturadas de espíritu pagano, de materialismo é irreligión. Para eso se propalan hasta la saciedad las maravillosas invenciones de la ciencia moderna, pondérase la opulencia y bienestar de las sociedades que se dicen regeneradas por las nuevas ideas, las cuales se quiere que aparezcan en pugna con el espíritu católico; píntanse finalmente con los colores más brillantes y atractivos las pretendidas delicias del nuevo paraíso terrenal, formado por el imperio de las conquistas de la civilización moderna, cuales son la independencia de la razón de todo yugo religioso, la libertad de pensar y de creer, de donde se hace derivar el progreso de la industria, la riqueza pública y privada, la abundancia de comodidades y placeres, etc. etc. ¿No es éste, en resumen, el lenguaje de ciertas escuelas que, por desgracia, van haciendo cada día nuevos y numerosos prosélitos? Ahí tenéis, pues, el eco cien veces repetido de la voz de Satanás: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*¹.

4. No hay duda, hermanos míos, que el sofisma, halagando las naturales inclinaciones del hombre, es

¹ L. c. vers. 9.

capaz de fascinar á muchos necios, hasta el punto de hacerles mirar la religión con desdén y menosprecio, como cosa inútil para la felicidad, y aún con encono fanático, como enemiga de la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos. Síguese de ahí que no sólo se abandonen sus sagradas prácticas, sino que se la insulte en publicaciones impías, motejando su culto, censurando y calumniando á sus ministros y burlándose de los ejercicios piadosos y de las personas que los practican; y que, llegada la oportunidad, se la proscriba con violencia y persiga con encarnizamiento, queriendo borrar hasta su nombre de la faz de la tierra. *Hagamos que cesen todas las fiestas de Dios*¹, decían los malvados después de haber incendiado el santuario, y profanado el Tabernáculo de Israel. ¿Qué dirá á todo esto el cristiano, el hombre de razón? Dirá como Jesucristo al impudente tentador: «*Vade, Satana. ¡Atrás el impío!* Escrito está, como verdad eterna, indestructible: *Dominum Deum tuum adorabis*: antes que todos los soñados progresos está el supremo deber de adorar á Dios nuestro Señor y de servirle. Por consiguiente, sea lo que fuere de cuanto decís, que no puede ser cierto si se opone á esta verdad, la religión ante todo: ella está por encima de todos los demás intereses y consideraciones.» Así es, en efecto, mis amados oyentes: y ¡ojalá que todos así lo entendiesen, y obrasen de acuerdo con esta convicción! Entonces quedaría descubierto el engaño que encierran las palabras de Satanás y de sus vicegerentes. El demonio decía á Jesucristo: «Te daré todos los reinos del mundo y todas sus riquezas.» Pero ¿os parece que podía disponer de

¹ Ps. 73, 9.

todo eso? ¿por ventura era dueño del universo? Él no podía disponer de nada sino en cuanto se lo permitiera el único Señor del cielo y de la tierra, aquel Dios cuyas adoraciones quería usurpar el malvado. No anhelaba, pues, sino engañar: he aquí lo que quiere el día de hoy y querrá siempre, alucinar al hombre crédulo á fin de seducirlo y perderlo. El demonio nada puede darnos, porque sólo Dios es dueño de la tierra y de su plenitud: *Domini est terra et plenitudo eius*¹; no puede dar riqueza, ni cultura, ni prosperidad á las naciones, porque todo esto es don de Dios. No nos dejemos, pues, alucinar con falsas y vanísimas promesas, creyendo que seremos dichosos, y lo será el país entero, el día que, imitando la apostasía de otros países, abjuremos de nuestra santa religión y demos libre entrada á todos los falsos cultos y, en cuenta, al indiferentismo ateo. ¡Ah! si tal llegase á suceder, seríamos tan desgraciados como lo son esos pueblos que van perdiendo las buenas costumbres con la verdadera religión! Demos gracias á Dios de tener instituciones políticas netamente cristianas, y gobierno que de palabra y ejemplo enseña á los pueblos á respetar á Dios, su culto y sus ministros.

5. La necesidad moral de tributar á Dios culto interior y exteriormente, ó sea de practicar la religión, y, no cualquiera, sino la verdadera (que no puede ser más que una), es tan evidente á la razón natural que sólo la ceguedad ó la procacidad pueden desconocerla y combatirla. Porque es preciso estar ciego para no ver las relaciones naturales que ligan al hombre, como criatura racional, con el Ser soberano, su Criador. Es

¹ Ps. 23, 1.

preciso estar ciego por la soberbia para no echar de ver los beneficios que de Él hemos recibido y estamos recibiendo continuamente, beneficios de la creación, conservación y providencia, sin hablar de los otros del orden sobrenatural; y, á menos de decir con el insensato de que habla la Escritura: *¿Quién es el Señor, para que oiga yo su voz?*¹ es ineludible el deber de reconocer y acatar su soberano dominio sobre nosotros, y tributarle, por consiguiente, el homenaje de nuestra entera y absoluta sumisión. Y si, á pesar de este reconocimiento, todavía se niega el hombre á prestar culto á su Criador y Señor, ¿no se dirá que es ingrato y perverso, como infractor consciente y convicto del primero de todos sus deberes? ¿No es un crimen de lesa Majestad Divina negar á Dios, primer principio y fin último de todas las criaturas, el tributo de adoración, reverencia y gratitud que le debe ofrecer, á nombre de todas, la criatura inteligente y libre? Y ¿no es, finalmente, un género de odiosa hipocresía rebajarse voluntariamente á la condición de los brutos irracionales, pretextando no ser capaz de conocer á su Criador, ó no poder amarle y adorarle dignamente, para eximirse de la obligación de darle culto? He aquí lo que hace el impío, cuando, queriendo excusar su irreligión y disfrazar su odiosa incredulidad, alega que su inteligencia es demasiado débil para conocer á Dios. ¡Qué ceguera, pues, y qué iniquidad al mismo tiempo, no profesar ninguna religión!

6. Pero no basta, hermanos míos, profesar una religión cualquiera, verdadera ó falsa, razonable ó absurda. Claro es que Dios no se paga de adoraciones y home-

¹ Ex. 5, 2.

najes que, en vez de honrarle, le ultrajan y vilipendian. Pues tales son los cultos falsos antiguos y modernos. Es menester adorar á Dios, como dijo Jesús á la Samaritana, *en espíritu y en verdad*¹. La verdadera religión, única agradable á Dios, no es carnal y absurda, ni inmoral en sus prácticas, como lo era el paganismo de la antigüedad y el fetiquismo de los pueblos bárbaros, ni es tampoco arbitraria, caprichosa y variable, como las religiones inventadas por los novadores, reformadores ó fautores de cultos, como son los corifeos de las sectas protestantes, heréticas ó cismáticas. La verdadera religión es santa, sublime y digna de Dios y del hombre, inmutable como enseñada y establecida por el mismo Dios sobre la tierra y por él conservada en toda su pureza á través de las vicisitudes de los tiempos. Tal es el cristianismo, esto es, la religión que profesa la Iglesia católica, apostólica y romana, la que nosotros tenemos la felicidad de profesar. Excuso por hoy desarrollar las pruebas de esta aserción, que para vosotros es indiscutible, y con razón, pues estáis en plena posesión de la verdad. Básteme por toda prueba la observación y la experiencia. Hablando de buena fe, ¿qué sentimiento verdaderamente religioso puede abrigarse en esos cultos no católicos, donde apenas hay una sombra de fe, donde la piedad no existe, y mucho menos la verdadera caridad del Espíritu Santo? ¿qué afectos capaces de rehabilitar al pecador ó de aliviar el corazón oprimido de dolor pueden excitar esas ceremonias vacías del espíritu de Dios? Mas, sea lo que fuere del protestantismo y sus adeptos, ¿qué nos dice la experiencia respecto de los desventurados tráfugas de la Iglesia

¹ Io. 4, 23.

católica, en cuyo seno nacieron y se amamantaron? ¿Por ventura pasan sinceramente á las filas de alguna otra comunión religiosa? Nada de eso, cristianos: no hacen más que despeñarse en el abismo de la irreligión y de la incredulidad. Porque eso de profesar la simple religión natural equivale en buenos términos á no profesar ninguna. Hombres hay que, afrentándose de la religión en que nacieron y que, pervertidos por la corriente del siglo, la abandonaron, pretenden sin embargo sincerarse de la fea nota de impíos, y aun más de la de ateos; y les oiréis hablar de Dios en términos más ó menos altisonantes y equívocos, de la providencia, y de la justicia del supremo remunerador de las acciones humanas. Por lo demás rechazan todo acto de religión positiva. Y ¿qué pensar de tal quimera de religión? Que no es más que un mentido aparato, con el cual no satisfacen á su propia conciencia, ni menos pueden satisfacer el deber de adorar á Dios *en espíritu y en verdad*, como Él quiere ser adorado. Tal religión puede ser muy cómoda para lisonjear el orgullo y amortiguar el remordimiento del apóstata, pero en manera alguna conduce á la eterna salvación. Desengañémonos, no hay medio: ó profesar la religión de Cristo, la religión del Verbo que se hizo carne para ser Maestro y Redentor del género humano, ó no tener ninguna y vivir sin Dios en una espantosa irreligión: ó cristiano católico, ó ateo práctico. La lógica es inflexible. Pero veamos ya qué nos dice el corazón.

II.

7. El corazón nos dice que no hay bien alguno comparable con la religión verdadera. Ninguno de esos bienes relumbrantes con que el mundo y el demonio

procuran seducirnos, es capaz de equipararse con el tesoro que poseemos en la práctica de la religión que felizmente heredamos de nuestros mayores. ¡Oh, sin duda, hermanos míos! porque, prescindiendo de otras consideraciones más elevadas, basta tener presente que el profesar alguna religión es una necesidad imprescindible para todo hombre, es la primera necesidad de su entendimiento y de su corazón. Sí, cristianos, él necesita creer y adorar, necesita del elemento sobrenatural. Su razón no puede dejar de conocer á Dios, á lo menos por el aspecto de Criador del universo; y, una vez así conocido, su conciencia y su mismo corazón le obligan á tributarle culto de amor y adoración. Así lo atestigua la historia de todos los pueblos, bárbaros y civilizados. Los mismos enemigos declarados de todo culto, dice un escritor contemporáneo¹, se forman una *contrarreligión*, que no tiene menos dogmas, ritos, ceremonias y supersticiones que otra religión cualquiera. En lugar de adorar á Dios, adoran al no-dios, á la nada, y le adoran con pompa, fanatismo y superstición. De donde se deduce que sin religión el hombre llegaría á convertirse en monstruo; y la sociedad, en babilonia ó remedo del infierno. ¡Ay de aquel en quien los vicios, y principalmente el orgullo, han llegado á arrancar del fondo del alma la fe y los principios religiosos! Ese corazón disecado y marchito no probará jamás la copa del verdadero placer, porque sus horas de alegría serán amargadas por el remordimiento inseparable de la pérdida de Dios: presa de pasiones innobles y tal vez feroces, gemirá secretamente; y tarde ó temprano, si no vuelve sobre sus pasos, acabará por lanzarse en el

¹ *Alfonso Karr*. apud *D'Hauterive*, Grand Catéchisme t. I.

abismo de la desesperación. ¡Qué muerte tan horrible la del impío impenitente!

8. Ni han de tenerse por menos desgraciados aquellos que, si no la han dejado morir enteramente, han ido dejando apagarse en su espíritu la llama del sentimiento religioso, merced á impías lecturas, al contagio del indiferentismo, á la indolencia en el cumplimiento de los deberes de la religión, y, más probablemente, á la disipación de la vida y estragamiento de las costumbres. ¿Podrán estos tales ser felices en medio de su indiferencia? ¡Ah! si penetraseis en su corazón, hallaríais la respuesta. Ningún pecador lo ha sido jamás; porque aun en el lleno de sus criminales placeres, en la embriaguez de su mentida felicidad, su corazón no está completamente satisfecho, no puede estarlo faltándole la tranquilidad de la conciencia, siempre agitada por el delito; aunque si á lo menos ese pecador guarda viva la fe, y espera y ora y se aflige en la presencia de Dios, y por momentos se arrepiente y desea levantarse, en tal caso no puede llamarse totalmente desgraciado; porque, no habiendo perdido á Dios del todo, no ha cegado para siempre las fuentes de la felicidad. Pero el pecador semi-incrédulo y nada acostumbrado á levantar á Dios el corazón con actos de fe y religión, ¡qué vacío no debe de experimentar aun en medio de los pasatiempos, honores y satisfacciones de la vida! ¡qué aislamiento, qué soledad en el mismo tráfago de las ocupaciones del mundo! Pues ¿qué será en el trance de la muerte? No, hermanos míos, no envidiéis jamás la suerte de los despreocupados en religión, de los que afectan ser superiores al vulgo burlándose de las prácticas piadosas, de los que osan hablar contra la Iglesia, el Papa y los sacerdotes, haciendo de los sabios, de

los que no pisan el templo ni guardan los preceptos eclesiásticos, de todos esos cristianos á medias, que apenas tienen de tales más que el nombre. Ninguno de ellos puede reposar tranquilo, porque escrito está: *No hay paz para los impíos*¹, porque *es dura cosa*, como fuéle dicho á Saulo, perseguidor de la Iglesia, *dar coques contra el aguijón*²; y así no sentirán descanso hasta que rendidos á la voz de Cristo, reconocida su soberbia y extravío, digan con la docilidad de Pablo penitente: *Señor, ¿qué queréis que haga?*³ Pero ¿lo dirán alguna vez? ¿Se rendirán siquiera á la hora del morir? ¡Ay! ¡qué difícil es para los tales la conversión! Lo estamos viendo cada día. ¡Cuántos de estos doctrinarios mueren en su ley, despreciando hasta el postrer momento los caritativos auxilios de la Iglesia! La impenitencia final, resultado lógico de una vida disipada, suele poner el sello á la reprobación del impío.

Juzgad ahora, cristianos, si es de poca monta la pérdida de la religión; y si hay sobre la tierra bien mayor que la posesión de la fe cristiana, de la esperanza, de la caridad, y de todos aquellos inefables sentimientos religiosos que no sólo nos conducen á la felicidad eterna, sino que son tanta parte para alcanzar la verdadera felicidad de la vida presente. Juzgad si, cuando el espíritu de las tinieblas nos propone que troquemos nuestra religión por la prosperidad y riqueza de otros países que la han abjurado oficialmente, no debemos responderle con justa indignación: *Vade, Satana*.

III.

9. No resta, hermanos míos, sino que, sinceros amantes de nuestras creencias religiosas, adoremos á Dios

¹ Is. 48, 22.

² Act. 9, 5.

³ Ibid. vers. 6.

en *espíritu y en verdad*, de un modo práctico y completo. Porque no faltan hombres en el día, como habréis tenido ocasión de observar, que presentan el fenómeno de una extraña contradicción entre su conducta y su modo de expresarse. No tienen dificultad en apellidarse católicos, antes bien se glorían de serlo, y podríamos decir que lo son, á lo menos en teoría; y, eso no obstante, en ciertos casos se dejan ver poseídos de no sé qué espíritu de indocilidad é independencia intelectual que raya en rebeldía racionalista: espíritu que contrasta notablemente con aquellas frases de aparente sinceridad con que se profesaban sumisos creyentes y legítimos católicos. No, mis amados oyentes, no hay que alucinarse en este punto. El católico genuino se distingue por dos esenciales caracteres que forman el espíritu de los hijos de la Iglesia: la sumisión del entendimiento á la autoridad doctrinal, y la obediencia filial á la potestad legislativa. El católico de ley se conoce por su adhesión sencilla y franca á las disposiciones de la Sede Apostólica, por su perfecta sumisión á la voz de sus pastores, y luego por el estricto cumplimiento de todos los deberes que imponen al cristiano así la ley de Dios como las leyes de la santa Iglesia.

El buen católico, por más sabio y prudente que sea, no vacila en hacerse niño en asuntos de fe, conforme á la sentencia del Salvador: *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum*¹; y así, nada hay tan contrario al espíritu del cristianismo como la presunción y el orgullo del sectario. El humilde creyente está muy lejos de discutir con la Iglesia cuando le enseña con infalible magisterio las verdades reveladas:

¹ Matth. 18, 3.

acéptalas todas sin distinguos, ni efugios, ni restricciones, cualesquiera que sean las dificultades que puedan oponérseles. Sabe que Jesucristo constituyó á sus apóstoles representantes de su misma persona, cuando dijo: *Quien á vosotros oye, me oye á mí; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia*¹; y *El que no oyere á la Iglesia, sea tenido por gentil y publicano*². Fiado en las promesas de asistencia divina, no teme extraviarse siguiendo cuanto enseña y define el oráculo infalible, y reprobando y condenando las doctrinas que condena la Cátedra de Pedro: v. gr. las vociferadas libertades modernas, el falso progreso y la llamada civilización moderna. En una palabra, el espíritu católico exige el sacrificio generoso del juicio propio en obsequio de la fe.

10. Pero requiere también el exacto cumplimiento de las leyes divinas y humanas. No merece el hermoso renombre de cristiano quien no respeta en sus acciones los preceptos del Señor, quien no obedece á los formales preceptos de la Iglesia. El cristianismo, amados fieles, es religión eminentemente práctica, como que se ordena á la satisfacción del hombre entero; debe, pues, informar todos sus actos, debe hacer sentir su influencia sobrenatural en todas las esferas de la humana actividad. Y esto no se verifica sino mediante la observancia de la ley divina, y la humana que obliga también en conciencia. De aquí el proceder virtuoso que hace honor al cristianismo. Escuchad al apóstol San Pablo que, dirigiéndose á los fieles de la antigua Iglesia de Corinto, les encarece la obligación de mostrarse, por el resplandor de todas las virtudes, dignos del nombre de cris-

¹ Luc. 10, 16.

² Matth. 18, 17.

tianos ó discípulos de Cristo. La Iglesia nos recuerda esta exhortación en la epístola de la Misa de este día. *Mostrémonos, dice, á los ojos de los hombres que nos contemplan, como siervos de Dios, revestidos de heroica paciencia en los trabajos, ejercitados en vigiliias y ayunos, dechados de castidad, de suavidad, de caridad no fingida, en palabra de verdad, llenos del Espíritu Santo y de la virtud de Dios...*¹, que todo esto exige de nosotros el honor de la santa religión que profesamos: *ut non vituperetur ministerium nostrum*; á fin de que no sea objeto de murmuración y escarnio el augusto nombre de cristianos. ¿Qué dirán los disidentes si no somos mejores que ellos, más caritativos, más verídicos, más morigerados en nuestras costumbres? ¿no tendrán derecho para apellidarnos hipócritas? Y ¿qué, si ven que no respetamos las leyes de la Iglesia, v. gr. las del ayuno y de la abstinencia de carnes en este santo tiempo de Cuaresma, no obstante nuestra profesión de católicos sumisos á todo lo que ordena nuestra religión?

II. Concluyamos, hermanos míos carísimos, exclamando de lo íntimo del corazón: «¡Oh santa religión de Cristo, nuestro único Señor! ¡Oh Iglesia santa, católica y romana, querida Madre nuestra! nosotros nos gloriamos de ser hijos tuyos. Este nombre y carácter de cristianos, así como es nuestra felicidad, así constituye también para nosotros el más alto timbre de honor y de gloria. Por lo mismo juramos serte fieles, aun en medio de la general apostasía de los pueblos, someternos á tus leyes sacrosantas, ser dóciles á tus exhortaciones y consejos, firmes y constantes en las

¹ 2 Cor. 6, 4 sqq.

prácticas de los deberes religiosos, que nos impone el juramento de nuestro bautismo. Y tú por tu parte, ¡oh religión de los siglos! haznos felices en el tiempo, y ábrenos las puertas de la bienaventurada eternidad. Así sea.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

Las virtudes teológicas.

Resplenduit facies eius sicut sol, vestimenta autem eius facta sunt alba sicut nix.

Su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.

Matth. 17, 2.

1. Llévanos hoy la Iglesia, hermanos míos, á la cima de monte Tabor á contemplar allí con los atónitos Apóstoles la gloria de la sagrada humanidad de Cristo transfigurado repentinamente. *Sucedió, nos dice el Evangelio, que, mientras estaba en oración, á la vista de tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Santiago, se transfiguró delante de ellos, resplandeciendo su rostro como un sol, y blanqueándose sus vestiduras como la nieve*¹. Magnífica visión, amados fieles, que no sólo nos revela la divinidad de aquel que hace brillar su propia carne con resplandores divinos, sino que nos deja adivinar otra transfiguración, otra claridad de que aparece revestido el hombre en quien se refleja la luz del Hijo muy amado del Eterno Padre. «Cristo es iluminado, dice San Gregorio Nacianceno, y al mismo tiempo nos ilumina con se refulgente luz»². *Levántate tú que duermes, dice el Apóstol; despierta del sueño de los muertos, y Cristo*

¹ Matth. 17, 2.

² Greg. Naz., Orat. in sancta lumina, apud Beviar.